



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera  
n° 313 (2ª Época). Octubre 2018.

**“Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones a realizar son muchas: unos, con el trabajo manual; otros, con el trabajo del espíritu [...] pero que en una comunidad tal como la que nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos.”**

**EN ESTE NÚMERO:**

- 1. Esto tiene truco.** *Manuel Parra Celaya*
- 2. El Valle de la Paz.** *Fernando Alonso Barahona*
- 3. Covadonga y su sentido 718-2018.** *Rafael Sánchez Saus*
- 4. Otros 1º de Octubre.** *Carlos León Roch*
- 5. Hablan los que saben.** *Rafael Sánchez Saus*
- 6. A José Antonio.** *EAV. (Tritón Rojo y Negro)*

No sé si recuerdan este popular timito que acuñó -corríjanme si me equivoco- el cómico *showman* Joe Rígoli hace bastantes años, pero, sea o no correcta mi atribución al personaje, es aplicable a todo un mundo artístico, televisivo y cinematográfico en nuestros días a escala planetaria.

Pues resulta, por ejemplo, que, ahora, *Epi* y *Blas*, los muñecos que hicieron las delicias de un par de generaciones por lo menos, han devenido en pareja homosexual, *gays*, salidos del armario o se han hecho mariquitas, como un diría un castizo desafiante a las implacables *leyes de género*. Al parecer, su guionista, Mark Saltzman, ha querido reflejar en sus criaturas de ficción su peripecia personal y utiliza en consonancia a sus títeres (nunca mejor dicho) para propagar la ideología LGTBI, y perdonen si me olvido de alguna letra... Es de suponer el impacto publicitario que tendrá la *reconversión* de personajes tan queridos en los nostálgicos adultos y, especialmente, en los niños, adoctrinados a través de una de las series infantiles de más arraigo.



Cambiando de figuras, que no de tema, confieso que soy escasamente aficionado al cine comercial de nuestros días y solo asisto a una proyección tras informarme concienzudamente y, sobre todo, escuchar las críticas de amigos fiables. No obstante, el otro día, quizás para despejar la mente de asuntos más preocupantes relativos a la política, alcancé a ver en la pantalla de televisión

una versión moderna de *Blancanieves y los siete enanitos*; disculpen la falta de referencias con respecto al director y demás fautores, porque la vi empezada y sin ganas posteriores de indagar.

En esta película, se intercala con toda claridad un mensaje feminista, pues es la valiente princesa la que estampa el beso salvador a un atontado príncipe, y otro multicultural, pues los enanos de marras -transformados de su papel de rudos picapedreros en pícaros y

bandidos simpáticos- cuentan entre ellos con representaciones étnicas de todos los lugares del mundo.

Como tercera anécdota de estas líneas, no me resisto a confesar que, en otra ocasión cercana en que las noticias del telediario me habían sumido en una especie de *shock* mental, también me planté ante la pequeña pantalla para ver una excelente película, *El ilusionista*, dotada de una trama policíaca-fantástica bastante aceptable y ambientada en Viena a principios del siglo XX; en las escenas finales, el heredero del trono austrohúngaro, que no tiene desperdicio como malvado, antes de su previsible suicidio, achaca a su padre que está descomponiendo el Imperio al permitir la entrada de extranjeros y augura un desastre por culpa de los extranjeros y mestizos, que darán al traste con la identidad.

Como ven, el mensaje está servido: el buen público asiste a la identificación del disoluto heredero con las proclamas llamadas *populistas, xenófobas, racistas*, y todos los calificativos que a ustedes se les antojen.

Mi dice mi buena esposa que soy sumamente susceptible a los mensajes subliminales - en los casos mencionados, más bien burdos-, que se contienen inexorablemente en las películas y espectáculos en general. Probablemente es así, pero a las pruebas me remito.

Cada año, por ejemplo, cuando asistimos -yo, bastante impertérrito- al inevitable episodio de estreno de *Star Wars*, me pregunta, desconfiada, a la salida qué tipo de adoctrinamiento sutil he percibido en las peripecias de la famosa saga -ahora ya culebrón- de aventuras y épica espacial. Y normalmente se lo digo, a riesgo de provocar una pequeña discusión conyugal, porque ella es *fan* confesa de los caballeros *hedi*, de sus siniestros antagonistas del imperio y demás personajes y criaturas.

Es muy antigua la polémica sobre si el arte debe o no tener una función educadora. Nuestros clásicos de los Siglos de Oro escribían intencionadamente en esta dirección pedagógica y social, y sus claros mensajes eran aceptados por una sociedad que había asumido la ideología predominante en la época. También, los ilustrados del XVIII, fervientes partidarios de esta docencia en el arte hacían palpitar los corazones de los espectadores de teatro con peñazos tales como *El sí de las niñas*, pero, claro, que no resistían la comparación con los lopes, calderones y tirsos de su denostado Barroco.

Lo terrible, y deshonesto, en nuestros días es que esos mensajes educativos (cuestión de opiniones) vayan contenidos de manera sigilosa, oculta y torticera en cualquier tipo de espectáculo de masas. El que asiste a una proyección cinematográfica o a una sesión teatral no es consciente de que, sea cuál sea el asunto, la trama, la época o los personajes, le van a colar contrabando, y en sus mentes se van a llevar a impronta del pensamiento único, quieran o no.

Voy a seguir siendo especialmente sensible cuando asista a un cine o me siente en el sofá de mi casa para aligerar las cargas del día, porque tengo la conciencia de que, por debajo de historias aparentemente inocuas, viene la carga del mensaje subliminal o, si se quiere, del esto tiene truco.

2

## El Valle de la paz

Fernando Alonso Barahona para Rambla Libre

Samuel Bronston (1908-1994) tras producir *Rey de Reyes* (Nicholas Ray 1960 ) logró la participación, sin duda imprescindible, de Charlton Heston para rodar *El Cid*, una de las grandes obras maestras de la Historia del Cine y la joya de la corona de las películas producidas en España por el imperio creado por su artífice. Allí descubriría y quedaría encantado con el Valle de los Caídos, alzado e impresionante sobre Cuelgamuros, acariciando el cielo y la montaña.

*El Cid* 1961 es la historia de un héroe que sabe amar (la reconciliación con Jimena es un momento mágico de romanticismo y belleza), cumplir con su deber (la jura de Santa Gadea en la que obliga al Rey Alfonso a jurar que no tuvo parte en la muerte de su hermano don Sancho), pelear (el juicio de Dios de Calahorra, un ejemplo de montaje y puesta en escena absolutamente antológica), perdonar (España tiene por fin un rey, le musita herido de muerte al rey Alfonso cuando éste reconoce por fin su error y corre a su lado) y morir (la

antológica escena de la muerte de Rodrigo – El Cid – agarrado al brazo de Jimena y haciéndola prometer que a la mañana siguiente habrá de conducir a sus tropas a la victoria, vivo o muerto. La imagen del Cid, en unidad con el rey Alfonso – Dios, El Cid, España gritan los soldados – logra la victoria después de muerto y ahuyenta las tropas musulmanas del fanático *Ben Yussuff*.



Anthony Mann (su obra fue analizada con entusiasmo por Félix Martialay en los especiales de la revista *Film Ideal* de la época) logró transmitir unas imágenes de poderosa belleza, desde el paisaje agreste de Castilla hasta la emocionante secuencia final: el héroe cabalgando en la playa y perdiéndose en el horizonte tras haber cruzado las puertas de la Historia para entrar en la leyenda. Charlton Heston es el Cid en su más perfecta encarnación –como supo reconocer Ramon Menéndez Pidal, el mayor especialista cidiano en todo el

mundo— héroe, valiente, esforzado, el caballero andante en su expresión suma. Sofia Loren posee la belleza serena que otorga a doña Jimena un carácter parecido a Dulcinea, pero es también la mujer fuerte que defiende la memoria de su padre y cumple la última voluntad de su esposo.

El éxito fue apoteósico no solo en España sino en Estados Unidos y en todo el mundo; supuso la cima de Bronston y el productor –liberal e independiente– quiso ofrecer al Gobierno de España un documental sobre el Valle de los Caídos que acababa de inaugurarse. Bronston y Anthony Mann lo habían descubierto cuando en el Risco de la Nava buscaban localizaciones para diversas escenas de El Cid. La cruz soberbia y bella entre las montañas impidió rodar allí escenas porque su silueta aparecía una y otra vez en los fotogramas de la película.

El documental, El valle de la paz, fue escrito por Jim Bishop y dirigido por Andrew Marton, un experto en filmar secuencias de acción en segundas unidades (participó en la mítica Ben Hur) y suya es –además– un clásico del cine de aventuras como Las minas del rey Salomón (codirigida por Compton Bennet). El guión contó con el asesoramiento de Fray Justo Pérez de Urbel, primer abad del Valle de los Caídos. La leve historia contaba las vivencias de un joven sacerdote de la comunidad religiosa del Valle de los Caídos que evocaba la memoria de sus dos tíos, caídos ambos en la Guerra Civil en cada uno de uno de los dos bandos contendientes y enterrados juntos en el monumento. Daba vida al joven sacerdote el actor valenciano, José Antonio Mayans, luego curtido en docenas de películas y coproducciones.

Pablo Linares nos recuerda: Tras las labores de montaje del documental, fue el propio Bronston quien acompañado por el recientemente nombrado Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, presentó la obra final al General Franco en la pequeña sala de cine existente (aún hoy) en el Palacio de El Pardo.



El productor había evitado deliberadamente poner nombre a su producción para reservar esta labor a modo de presente al propio Jefe del Estado. Franco, que no dudó en alabar la película al ser claro exponente del espíritu de reconciliación con el que se gestó el Valle de los Caídos, no dudó a la hora de ponerle nombre: “El Valle de la Paz”.

La edificación de la Basílica del Valle de los Caídos tuvo lugar entre 1940 y 1958, bajo la dirección de dos arquitectos: Pedro Muguruza hasta 1950 y Diego Méndez desde este año, cuando sustituyó al primero por causa de enfermedad. La decisión partió del propio Jefe del Estado, Francisco Franco, por unos decretos de abril de 1939 y abril de 1940.

Juan de Ávalos, (1911-2006 ) el artista que esculpió las estatuas del Valle, republicano de familia –lo que no le impidió ser elegido por el propio Franco para diseñar la obra– cuenta asombrosos testimonios sobre el Valle. Y es que la manipulada memoria histórica de algunos muchas veces se da de bruces con la verdad. Ávalos tuvo el carnet número 7 del PSOE de Mérida, sólo estuvo en el palacio de El Pardo una vez y cobró por aquel encargo 300.000 pesetas.

En 1951 se le encargó la Piedad de la cripta y el grupo escultórico de los cuatro evangelistas que sirven de base a la cruz del monasterio benedictino de la Santa Cruz del Valle de los Caídos (Madrid). Para esta obra colosal empleó cuatro años de trabajo y utilizó nuevas técnicas para trasladar los bocetos a su tamaño definitivo. El resultado fue una impresionante obra de arte que tan solo sectarios, revanchistas e ignorantes pretenden hacer desaparecer de la Historia.

Arte y belleza, siempre por encima de la política y los avatares de la historia, aunque inevitablemente formen parte de ella. La verdad debe estar por encima de los intereses coyunturales y de las manipulaciones de presuntas memorias históricas (La memoria es personal y subjetiva, nunca puede confundirse con la historia como realmente fue) .

3

### Covadonga y su sentido 718-2018.

Rafael Sánchez Saus para ABC

En 2018 se cumplen mil trescientos años de la batalla de Covadonga. La del 718 sigue siendo la fecha más plausible para los especialistas y por eso resulta llamativo el poco eco de la efeméride, habida cuenta la importancia que toda la historiografía, actual y pasada, ha dado y sigue dando a lo sucedido en el monte Auseva, al margen de su verdadera dimensión militar. Como es sabido, la derrota árabe frente a Pelayo y los suyos propició la aparición de una zona de resistencia que muy pronto dio paso a una realidad de mayor fuste, la reconquista desde el reino de Asturias.

Para comprender el verdadero relieve de lo que Covadonga supuso, es preciso tener en cuenta la continuidad existente entre el naciente reino norteño con el hispano-visigodo con capital en Toledo, de forma que el primero sólo es inteligible a la luz de la tradición romano-gótica. Recordemos que a lo largo de los siglos precedentes se extendió en el *Regnum Hispaniorum* una idea según la cual los godos eran el pueblo elegido por Dios e Hispania la tierra prometida conforme al modelo presentado por el pueblo de Israel. Esta idea fue la que permitió explicar, según el ejemplo del Antiguo Testamento, la pérdida del reino hispano-godo como un castigo de Dios que, naturalmente, debía ser seguido del perdón cuando el

pueblo hubiera purgado su pecado. Esa idea es un motivo constante en el renacido reino en las montañas desde los primeros tiempos. Un documento regio de 812 afirma que, merced a la ayuda divina, el reino hispano-visigodo había destacado sobre los demás, pero que por



haber ofendido a Dios sucumbió ante los musulmanes. Entonces, Dios eligió a Pelayo, quien luchó victoriosamente y salvó al pueblo cristiano: «*Cristo tuvo a bien elegir, dentro de la ruina, a don Pelayo, quien elevado a la autoridad de príncipe, pudo evitar el total derrumbe, pues luchando victoriosamente venció a los enemigos y preservó a la gente de Asturias*».

Las crónicas que nos han conservado el relato de lo sucedido en Covadonga fueron escritas durante el reinado de Alfonso III, entre el 866 y el 910. Un reinado que se caracterizó por los éxitos militares frente al Islam, los avances de la repoblación al sur de la cordillera y un despegue y rearme cultural de indudable importancia. Fruto de todo ello fue la manifestación de esa ya por entonces vieja conciencia de continuidad con el pasado de la Hispania visigótica, expresada por Alfonso III en la asunción de títulos como *Totius Hispaniae Imperator* o *Hispaniae Rex* en tiempos que, por vez primera, quedaba expresada la voluntad de atisbar el desvanecimiento el poder islámico sobre España.

Fue en aquellos años cuando se conformó una verdadera conciencia histórica de los acontecimientos en torno a Covadonga, enjuiciados desde entonces como la primera piedra de la «*Restauratio Hispaniae*», entendida ésta como recuperación del perdido reino de Don Rodrigo. Pero quizá lo más interesante acerca de la fecundidad de esta idea y de la toma de conciencia que la hizo posible, es la forma en que sucesivas generaciones de españoles han visto iluminada su historia por el hecho germinal de Covadonga.

Así, el recuerdo de Pelayo fue haciéndose cada vez más insistente y más cargado de consecuencias a medida que fue creciendo la conciencia de unidad hispana. Bástenos recordar un ejemplo catalán de 1496, el de las *Cròniques d'Espanya* del barcelonés Pere Miquel Carbonell, quien narra cómo Pelayo no fue elegido rey sólo por los asturianos, sino por los cristianos procedentes de diversas partes que se habían refugiado entre aquellas montañas, por lo que sostiene que Pelayo hubo de intitularse desde el primer momento rey de España.

La pujante historiografía del Siglo de Oro, en autores como Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, el padre Mariana, F. Prudencio de Sandoval o Diego de Saavedra Fajardo, mantuvo en lo esencial el relato y el sentido de Covadonga. En ella puede observarse el deseo de vincularlo al nuevo papel de España en el mundo a través del

ensalzamiento de los orígenes de una monarquía llamada a convertirse en defensora universal de la fe católica. Para el gran Saavedra Fajardo, la protección divina habría llevado a los españoles a la fundación de «la mayor Monarquía que se ha visto en el mundo».



Los cambios en la interpretación de Covadonga de los siglos XVIII y XIX se resumen en ese hito historiográfico que es la enorme Historia de España de Modesto Lafuente, comenzada a publicarse en 1850. Éste se sirve también de las viejas crónicas asturianas, pero hay un cambio esencial: ya no es Dios quien actúa, sino exclusivamente un puñado de españoles, eso sí cristianos, en los que nace un pensamiento grande, glorioso, salvador y temerario llamado a fructificar con el correr de los siglos. Se cercena así la raíz misma de la visión providencialista y triunfa la visión de un liberalismo ocupado en la construcción del Estado-nación. Pero al prescindirse de la concepción tradicional en la que Dios actuaba en defensa de los suyos para asegurar su vida y su libertad, idea que permitía todos los acrecentamientos de sentido reseñados, se produce un inevitable

empobrecimiento del proyecto vinculado a la idea de España, que pierde su dimensión universal para reducirse a lo puramente nacional.

Sabemos de las dificultades que este concepto de Estado-nación propugnado por el liberalismo revolucionario primero, conservador después, tuvo para asentarse en España. A ello se unió la pugna intelectual y política en torno al ser o la esencia de España. El sentido de Covadonga se ha visto también envuelto en estos debates, junto con su legado: el extendido reino astur-cantábrico, con la progresiva reconquista, repoblación y construcción progresiva de la conciencia colectiva en torno al concepto de España. Hoy estamos ante otra nueva fase de la reinterpretación de sentido de Covadonga en clave reductora e incluso negacionista. Las ideas ahora dominantes dejarán su huella, pero también pasarán. Es lícito esperar, como quienes escribieron la Crónica Profética hace casi doce siglos, la «*Restauratio Hispaniae*», y con ella una nueva interpretación del sentido de la historia de Covadonga y de España que permita enlazar con lo que aquellos hombres afirmaron con alegría y confianza: que Dios no abandona a su pueblo ni traiciona su alianza.



Para los separatistas catalanes, la fecha del 1º de octubre constituye un hito en el que construyen su demencial proyecto. Sin mayoría, sin legalidad, sin posibilidad y sin esperanza, se aferran a unas urnas de mercadillo ilícitas y manipuladas para establecer una supuesta voluntad popular. Su 1º O, se exalta en monumentos, calles, panfletos y en su arcaico y aldeano imaginario nacionalista.

Otros, estos días, nos remitimos a "otros, 1º de O". En mi caso - personalísimo- al gran hospital del sur de Madrid, que fue inaugurado en 1973 -ya pueden imaginar por quien-, que en 2010 salvó mi vida tras una complicadísima intervención, fuera de mi Comunidad Autónoma, cuando el cuidado de la salud era igual para todos los españoles.

Magnífico hospital promovido por el ministro trabajo Licinio de la Fuente, uno de los más de 70 que se construyeron en todo el territorio nacional durante su mandato ministerial.



Hospital que *¡O tempo, o more*” cambió de nombre a “12 de Octubre” en 1988, en conmemoración del Descubrimiento de América, acontecimiento histórico de primera magnitud.

Pero el nombre original de “*mi hospital*”, la “Ciudad Sanitaria Primero de octubre”, no es un único contrapunto nacional al estigma separatista que acompaña y degrada la fecha, pues durante décadas, el 1º

O fue fecha de grandes desfiles, concentraciones masivas en la plaza de Oriente de Madrid, discursos y exaltaciones a la Jefatura del Estado... y es que, en 1936, en los primeros meses de la Guerra Civil, en ese día el general Franco (¡aún no generalísimo!) alcanzó la jefatura del Gobierno, del Estado nacional, unificando los esfuerzos bélicos de las tres columnas fundamentales ( Queipo, Mola y él mismo) .

Como se ve, hay “1ºs de Octubre” al gusto de varios: separatistas, personales, nostálgicos, históricos...me quedo con “mi” hospital.

El *Envío* de la semana pasada versaba, como quizá alguien recuerde, sobre el informe municipal y espeso con el que se está intentando poner en solfa la propiedad eclesiástica y, por tanto, de la comunidad católica, de la catedral de Córdoba, en tiempos ya muy remotos mezquita aljama de esa ciudad. Avanzaba entonces un servidor que al susodicho informe no había por donde cogerlo jurídica e históricamente, pero quiso la casualidad que ese mismo día, y en la tribuna que ordinariamente linda con esta columna en la edición impresa del periódico, anidara uno de los papagayos autores del informe y aludidos en mi modesta columna. Y el tal aseguraba no sólo que el informe era correctísimo, más aún, que sólo había encontrado la oposición académica de algún exfalangista y algún ex comunista unidos en la común aversión al progreso y la democracia.

No habían pasado cuarenta y ocho horas desde que el pájaro piara cuando encontré respuesta en un comunicado firmado por nada menos que 43 medievalistas y arabistas de 17 universidades y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, entre ellos cuatro académicos de la Historia y cerca de veinte catedráticos. En él se dice literalmente que *"los argumentos de carácter histórico que la Comisión expone carecen del mínimo rigor exigible a supuestos expertos en estas materias"*, que *"como historiadores no podemos permitir que*

*se afirme que el edificio no ha pertenecido o ha dejado de pertenecer en algún momento a la Iglesia católica y, en concreto, al cabildo catedralicio de Córdoba desde el mismo momento de la conquista de la ciudad por Fernando III de Castilla y León en 1236"*, y que *"la Historia no puede ser utilizada de la manera en que la Comisión municipal ha pretendido servirse de ella para ofrecer cobertura a disputas ideológicas o de intereses"*.



Como los firmantes de este importante manifiesto no son sectarios ni escriben a sueldo, dejan muy claro que ellos no entran a juzgar sobre la modalidad más adecuada de gestión de ese espacio único que es la Catedral-Mezquita, pero advierten del grave daño que maniobras irresponsables como la que denuncian provocan a la Historia, "confundiéndola a la opinión pública y desacreditándola ante las personas de criterio". Esperemos que las autoridades se percaten del lío en que se han metido, y en qué compañías, y, una vez más, rectifiquen.



Un aciago día en tierras de levante,  
esperando un entender que no llegaba,  
solo la pólvora la razón callaba,  
y tú, pusiste el pecho por delante.

Fue entonces, en ese preciso instante,  
cuando el alma de España se quejaba,  
cuando su insigne hijo la dejaba,  
cuando ya se apagaba tu semblante.

Y tú la gloria estabas alcanzando,  
y tierra ensangrentada como lecho,  
y nos dejabas, tan solo deseando,

paz, trabajo y justicia por derecho.

Ya, solo España vive suspirando,  
porque no hayas quedado satisfecho.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a [fundacionjoseantonio@gmail.com](mailto:fundacionjoseantonio@gmail.com)

